

El Grupo de Estudios sobre lo Fantástico (GEF), el colectivo (Sa)badall y la revista *Preferiría no hacerlo* publican la resolución de los ganadores del concurso de microrrelatos “La casa vacía”



Cuento ganador:

Diego Prado, “Una casa anodina”

Jamás había muerto nadie en ella de forma extraña o violenta. Nunca se vio una luz intermitente asomando en alguna ventana, una sombra cruzar tras los visillos, ni el aullido de un perro en su jardín de selva deslavazada. Era una casa anodina, vieja, un anacronismo en aquella calle.

Pero el vecindario empezó a contar que por las noches escuchaban el morse abominable de un grifo goteando, el crujir de hojalde de las paredes, la agonía herrumbrosa de los goznes, los gemidos casi humanos de sus vigas.

Una mañana, sin más, la casa había desaparecido, ya no estaba, como si se la hubiera tragado la tierra o un ladrón la hubiese hurtado con la complicidad de las sombras. Quedaba sólo un solar abrupto, casi un cráter por el que descender al averno. Fue sólo entonces cuando los crujidos, los ruidos agónicos, los gemidos casi humanos y el maldito gotear del grifo aumentaron hasta límites insospechados, desquiciando lentamente a los vecinos, provocando suicidios inesperados, depresiones subterráneas e insomnios delirantes, una demencia colectiva que cada anochecer se filtraba por los cristales igual que una letanía decrepita, como una oración por todos nosotros.

(2)

Amanda Ruiz, “La febre del corredor”

Mai no se n’havia adonat de la seua existència fins a aquell dia, però des d’aleshores l’obsessionava i formava part obligada del recorregut habitual. Plovisquejava i feia fred, i la por de rrelliscar sobre la vorera mullada li feien anar més lentament del que voldria. Això l’emprenyava, i molt. Avui faria uns nou kilòmetres en el temps que habitualment en feia onze. Però les coses no estaven anant com havia previst, *Vampire Weekend* no era en absolut el disc del dia i potser per això no va lamentar tant quedar-se sense bateria. Es va parar en sec, amb la música. Va aturar el cronòmetre mentre guardava els auriculars i, de sobte, va aixecar el cap i la va veure allà: impassible, ruïnosa, sobirana. Aquell aire d’abandonament, tanta herba salvatge envaint el jardí... Tenia quelcom ben atractiu, misteriós. Va reprendre la carrera hipnotitzada, sense parar d’imaginar com haguera sigut habitar-la en un altre temps. Aguaitar-se per la finestra i observar els distrets passatgers que esperaven en l’andana o recolzar una bicicleta de carreres en la barana.

-Saps què faran en aquest solar?—li va preguntar algú mesos més tard en passar per davant amb unes Asics últim model.

-Solar? Quin solar?

I li va semblar que algú li deia adéu amb un somriure antic des de la finestra d’aquella casa impassible, ruïnosa, sobirana.

(3)

Matías Castro Sahilices, “El ocupante”

La abominación tiene muchas formas
Borges, “There are more things”

Mi padre, Alexander Muir, había declinado la oferta de Max Preetorius debido a los ominosos diseños que el norteamericano sugería en los planos. Veinte años después, las deudas y el aburrimiento me obligaron a aceptar la obra que había rechazado mi progenitor. Cuando llegamos, no hizo falta retirar el viejo mobiliario; la casa estaba vacía. Siguiendo esquemas inverosímiles, tiramos paredes abajo, levantamos arcos absurdos y abrimos profundas cisternas. Aunque no faltaron los problemas (uno de los obreros murió tratando de usar la escalera, acto imposible luego de haber sido alterada), las refacciones terminaron por agradarme.

Al finalizar la obra, Preetorius partió al extranjero dejando vagas instrucciones: debía ocuparme de la casa hasta nuevo aviso. Decidí entonces instalarme en el piso superior. Al tiempo comencé a disfrutar la inclinación de las aristas: lo que antes me repugnaba, ahora lo encontraba cómodo.

Unos vagabundos invadieron la planta baja creyendo la casa deshabitada. Sin experimentar alguna emoción, decapité uno de los perros y arrojé la cabeza al patio. A pesar del suceso, algunos decidieron quedarse. Esa noche soñé con un templo y una isla inclinada. Desperté presa de una excitación primigenia y un alarido gutural reverberó a través de la estancia. Aterrados, los intrusos abandonaron la morada.

Cuando descendía hacia la planta baja, escuché unos pasos al pie de la escalera. La curiosidad de ese hombre pudo más que el miedo y entonces vi el horror en su rostro.

(4)

Gonzalo Málaga (sin título)

Cuando regresó, la casa estaba allí; había que tener ojos para reconocerla: la misma altura, el mismo fondo, la misma profundidad; pero algo (una especie de tela pintada y dibujada) la alteraba en los contornos. Faltaba poco para el amanecer y supo que tenía que entrar como sea. Tiró de la tela que cubría la fachada y era como si el enorme lienzo de teatro hubiera estado puesto para él, esperándolo, pues cayó sin esfuerzo, levantando polvo y dejando volar infinidad de palomillas y otras criaturas nocturnas que habían estado quietas entre sus pliegues para protegerse de la luz de la luna. Cuando el viento se llevó el polvo vio que la casa había cambiado: todas las puertas y las ventanas estaban tapiadas. Una idea le llegó de alguna parte, podría haber jurado que desde el centro mismo de la casa: en uno de los bolsillos tenía una llave, si hundía esa llave en la mitad de la pared, aparecería una puerta y él podría abrirla. Sacó la llave, y la llave se hundió en la pared como si los ladrillos no fueran ladrillos sino arena. Le dio vuelta a la llave, y la casa comenzó a desmoronarse, cubriéndolo por completo.

(5)

Joaquín Parodi, “Casa habitada”

Así que nos vamos a vivir a la casa desolada que aparece en la fotografía. Procuramos adecentarla. Hacemos reformas. Invitamos a los amigos. Nadie aprecia los cambios. Está igualita que en la foto, dicen. Tienen razón. No se aprecian diferencias con la fotografía que hemos colgado en el salón, la de la casa desolada, tal como era antes de que entráramos a vivir en ella; el testimonio de su ruina. A pesar del repelús, quitamos hierro al asunto. Continuamos las reformas. Cada minúsculo cambio se ve reflejado en la dichosa fotografía. Nadie da crédito a nuestras palabras. Nora se rinde, dice que le da igual que los demás piensen que adquirimos una casa de ensueño, lista para habitar. Incluso se pone de su parte en las cada vez más frecuentes discusiones acerca de unas reformas inexistentes... para ellos. Un buen día, mi mujer desaparece de la faz de la Tierra. La busco por todas partes. La encuentro en la foto, asomada a una ventana, con unos kilos de más. Amigos y vecinos la identifican como la antigua dueña de la casa. Cómo va a ser tu mujer. Si no tienes. Siempre has vivido solo. Les mando a freír espárragos. Me desespero. Me deprimó. Bebo. Me olvido de mí. Desaparezco. Ahora vivo dentro de una foto que ha dejado de cambiar. De nuevo tengo a Nora entre mis brazos. ¿Por qué afirmaré ser la anterior dueña de esta gran casa?

(6)

Ricardo Reques, “Casa vacía”

A pesar de lo que pueda parecer, una casa nunca está vacía. Antes incluso de tapiar con ladrillos puertas y ventanas, la casa ya había sido tomada. Al principio son pequeñas arañas que tejen entre los recuerdos, un viejo cuadro, algunos libros olvidados; luego abren huecos las hormigas suculentas y encuentran refugio las salamanquesas. No tardan mucho en ocupar las mejores vigas de los techos familias enteras de murciélagos. Larvas de escarabajos y termitas digieren con paciencia muebles y puertas. El moho se expande oloroso por el colchón en el que dormías, aprovechando la oscuridad y la humedad que se filtra desde la cercana y amenazante laguna.

Una casa nunca está vacía, hay ruidos, crujidos y sollozos. Las raíces de los árboles del jardín abren minúsculas fisuras en suelos y muros, resquebrajándolos; las cucarachas sabrosas salen por las cañerías e invaden las habitaciones más oscuras, el cuchillo rojo se oxida. Te podría dejar mi espejo, el que uso para mirarte, aunque ya no estés conmigo. Con él las horas y los días pueden ser más llevaderos.

Quizás pueda parecer una casa vacía pero es una percepción equivocada. Con atención se escuchan los ratones que se enredan, como trampas, entre tus vestidos, incluido ese blanco manchado de sangre que tanto te gustaba. Solo tú conoces el hueco bajo la escalera donde también me escondí aquel día que dejaste de gritar. No logro comprender por qué no has venido a buscarme, por qué ya no puedo salir a jugar con otros niños.

(7)

William Guillén Padilla, “Retorno”

Trato de abrir la puerta y no puedo. Llamo con la esperanza de que alguien esté adentro. Nada. Espero largas horas por si algún transeúnte pueda darme razón de a dónde fueron mis parientes.

Nadie pasa. Y cuando la noche abre su manto oscuro para cobijarme, una leve luz baja por la grada derecha. “Es mi madre”, pienso. Pero no. Es una de mis hermanas.

Me mira. La miro. Nos reconocemos por la mirada y me dice:

—Pasa buen hermano, has llegado demasiado tarde.

Cruzamos el pequeño patio que precede la construcción antigua: árboles muertos dan cuenta de todos estos años en que no he estado.

—Murieron ni bien te fuiste. Sus hojas se amarillaron para siempre —me dice Gabriela mientras abre la puerta.

Adentro están todos: mi madre con sus dolores, mi padre en silla de ruedas y mis hermanos ya todos grandes. Me miran como si me hubieran visto esta mañana. Me duele que nadie se alegre de mi llegada.

—Seguro esperas que te hagamos una fiesta —dice mi padre.

—Que te demos un trofeo por los tantos años que nos abandonaste —dice mi madre.

Mis hermanos, incluido Gabriela, solo me miran.

—¡Bienvenido a la Casa Vacía! —gritan todos en coro y ríen escandalosamente.

Yo no puedo ruborizarme, porque soy un alma errante de retorno y ellos buenos fantasmas que aún viven en la misma casa donde hace trecientos años fuimos mortales y felices.

(8)

Oscar Gallegos, “Las manos de la casa vacía”

Aún resuenan en mi cabeza sus tentadoras palabras:

— Sí quieres poseerme, tendrá que ser en la casa vacía.

Desde entonces, la espero en este cuarto oscuro con ventanas tapiadas de ladrillos. De vez en cuando, escuchó voces soterradas de algunos de nosotros. El otro día sentí la voz de mi padre, muerto hace muchos años, que gemía de dolor y placer. Y ayer escuché una revelación: “Nos tienen aquí porque nuestro esperma alimenta a los fetos debajo de la casa”. No sé si será cierto, y no sé si será mi padre el que grita ahora, pero alguien vino a colocar un tubo en mi glándula y, con sus manos heladas, empieza a frotar.

(9)

Ezequiel Wajncer, “La casa vacía (no tanto)”

Nosotros no somos los que asustamos; por el contrario, son esos endemoniados chiquillos del barrio los que se meten en nuestra casa con una cámara fotográfica y se empecinan en aterrarnos interrumpiendo nuestra paz eterna. Por eso se nos ve con sábanas en aquellas imágenes: para escondernos de ellos.

(10)

Neftalí Báez, “Fantasma”

Gritan, golpean la puerta, gritan los que vinieron a matarte.

Estás en la casa, esa de la plusvalía por los suelos, pero tú buscas algo más que está sobre ellos: la silueta de tiza, como el fantasma de una sombra, que delimitó la posición del cadáver de Alba Moreira.

Golpean la puerta y gritan.

Te recuestas sobre la silueta blanca como si fueras tú la mujer muerta hace años. ¿Cuántos? ¿Cinco? Hace años, siglos, que África estaba unida con Sudamérica, así como también tus átomos, tus moléculas, antes estaban unidos a los de Caín. Sí, lo has sentido desde antes y piensas en que Moreira y la casa pueden estar unidos a ti, por eso espulgabas en los diarios las notas rojas para llegar hasta las negras y luego a las casas abaratas por albergar una escena de crimen fría.

Golpean la puerta y gritan.

Tendido sobre la silueta piensas en el peso de Alba Moreira y cómo podría alguien delinear sus kilogramos sobre tu cuerpo con ganas de calores húmedos. Luego piensas que estás con tu ante-abuelo Caín, con las partes de su mente que ahora crees unidas al crimen, a la casa. Cierras los ojos y hablas, sientes que el polvo de esta casa estuvo unido al oído de este abuelo primerísimo. Vas a decirle que...

Gritan, golpean a tu puerta, gritan los que vinieron a matarte. Golpean la puerta. No contaban con que la muerte que te dieron te convertiría. Golpean la puerta, quieren salir, gritan.

Barcelona, 12 de junio de 2012